

## EL DEBATE ACERCA DEL DESARROLLO AGROPECUARIO ARGENTINO: LA MIRADA DE LA INTELLECTUALIDAD TROTSKISTA

Guido Lissandrello\*

Doctor en Historia, Docente de la Universidad de Buenos Aires, Becario Posdoctoral del CONICET.  
Lanús, Buenos Aires, Argentina. \*Autor para correspondencia. [g.lissandrello@hotmail.com](mailto:g.lissandrello@hotmail.com)

**RESUMEN:** A partir de la década de 1950 en toda América Latina y, con particular fuerza en la Argentina, se reactualizó el debate acerca del desarrollo y el subdesarrollo. Una página particular de esa discusión fue reservada a los problemas de la producción agropecuaria y las trabas a su desarrollo. La bibliografía hasta ahora disponibles, se han concentrado en este debate privilegiando una serie de actores: los partidos políticos, las corporaciones rurales e industriales y los intelectuales que abordaron el problema en la etapa. Sin embargo, aún está pendiente un estudio acerca del tratamiento que esta problemática recibió en organizaciones e intelectuales filiados en las tradiciones políticas de izquierda. Intentando comenzar a subsanar ese déficit, nos proponemos abordar esta problemática acerca del desarrollo agrario argentino a partir de las interpretaciones elaboradas por un intelectual de izquierda filiado en la tradición del trotskismo: Milcíades Peña. En este sentido, nos interesa indagar si esta posición política radical lo llevó a elaborar una corriente que terciara entre las explicaciones liberales y agrarias, o si, por el contrario, quedó preso de alguna de ellas. Para ello, estudiamos los artículos escritos por este autor en su revista de debate intelectual, llamada Fichas.

**Palabras clave:** Desarrollo Agropecuario, Argentina, Intelectuales

## O DEBATE SOBRE O DESENVOLVIMENTO AGRÍCOLA ARGENTINO: O OLHAR DA INTELLECTUALIDADE DE TROTSKIST

**RESUMO:** A partir da década de 1950 em toda a América Latina e, com particular força na Argentina, o debate sobre desenvolvimento e subdesenvolvimento foi atualizado. Uma página específica dessa discussão foi reservada para os problemas da produção agrícola e os obstáculos ao seu desenvolvimento. A bibliografia disponível até o momento se concentrou nesse debate, privilegiando vários atores: partidos políticos, corporações rurais e industriais e intelectuais que abordaram o problema no estágio. No entanto, ainda está pendente um estudo sobre o tratamento que esse problema recebeu em organizações e intelectuais afiliados às tradições políticas de esquerda. Tentando começar a corrigir esse déficit, propomos abordar esse problema sobre o desenvolvimento agrícola argentino a partir das interpretações elaboradas por um intelectual de esquerda filmado na tradição do trotskismo: Milcíades Peña. Nesse sentido, estamos interessados em indagar se essa posição política radical o levou a elaborar uma corrente terciária entre explicações liberais e agrárias, ou se, pelo contrário, ele estava preso em uma delas. Para isso, estudamos os artigos escritos por esse autor em sua revista de debate intelectual, chamada Fichas.

**Palavras chaves:** Desenvolvimento Agrícola, Argentina, Intelectuais

## **THE DEBATE ABOUT ARGENTINE AGRICULTURAL DEVELOPMENT: THE LOOK OF TROTSKIST INTELLECTUALITY**

**ABSTRACT:** From the 1950s throughout Latin America and, with particular strength in Argentina, the debate about development and underdevelopment was updated. A particular page of that discussion was reserved for the problems of agricultural production and the obstacles to its development. The bibliography so far available, have focused on this debate by privileging a number of actors: political parties, rural and industrial corporations and intellectuals who addressed the problem at the stage. However, a study is still pending on the treatment that this problem received in organizations and intellectuals affiliated with left-wing political traditions. Trying to begin to correct this deficit, we propose to address this problem about the Argentine agricultural development from the interpretations elaborated by a leftist intellectual filmed in the tradition of Trotskyism: Milcíades Peña. In this sense, we are interested in inquiring whether this radical political position led him to elaborate a current that tertiary between liberal and agrarian explanations, or if, on the contrary, he was imprisoned in one of them. To do this, we study the articles written by this author in his intellectual debate magazine, called Fichas.

**Keywords:** Agricultural Development, Argentina, Intellectuals

### **INTRODUCCIÓN**

La preocupación por el “desarrollo”, sobre todo de América Latina y el denominado “Tercer Mundo” fue una tónica de época, que comenzó a gestarse en los años ’50. En este punto, el desarrollismo fue la expresión más sintomática de una renovada preocupación por el crecimiento de los países “periféricos”. Detrás de esta preocupación se encontraba la evidente inquietud ante el ascenso de la Unión Soviética y la consolidación del comunismo como una opción frente al capitalismo. La expresión más clara de estos elementos, tanto por la búsqueda de vías de desarrollo como de alarma ante el comunismo, fue la obra de Walt Whitman Rostow, *Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista*, publicada en 1961. Allí presentaba de manera esquemática, cinco etapas que debían recorrer los países para alcanzar su pleno desarrollo capitalista. Etapas que comenzaban desde la “sociedad tradicional”, dominada por la agricultura, para luego lograr el “despegue económico” con un proceso de industrialización que permitiera, finalmente, alcanzar una sociedad de “consumo a gran escala”.

No fue casual que la carrera política de Rostow estuviera ligada a la figura de John Fitzgerald Kennedy, presidente de los Estados Unidos entre 1961 y 1963, de quien fue, entre otros cargos, Consejero de Planificación Política y, entre 1964 y 1966, miembro del Comité Interamericano de la Alianza para el Progreso. En efecto, la Alianza para el Progreso fue un programa de ayuda económica y política para estabilizar el continente americano en pos de contener en el redil capitalista a toda la región, en una etapa donde comenzaba a despuntar la Revolución Cubana. Dentro del paquete amplio de medidas desarrolladas, tuvo un rol particular la reforma agraria, como mecanismo para aplacar y/o neutralizar la insurgencia rural.

Ya en la década del ’50 habían comenzado a proliferar diferentes instituciones que, preocupadas por el “subdesarrollo”, dedicaban sus esfuerzos a investigar el problema. A partir de una confluencia entre profesionales provenientes fundamentalmente de la economía, la sociología y la historia, se produjo una extensa bibliografía rica en datos empíricos y, particularmente, cuantitativos en un amplio acervo de estadísticas. En 1948 fue fundada en Chile la primera sede de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), dependiente de la Organización de Naciones Unidas (ONU); en 1957 fue el turno de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) para América Latina y el Caribe,

formada por iniciativa de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). Específicamente en la Argentina, en 1961, durante la presidencia de Arturo Frondizi, fue constituido el Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE), para canalizar la ayuda externa y proyectar el desarrollo a largo plazo, a partir de la asistencia de técnicos especializados. Por aquellos años también se fundó el Centro de Investigaciones Económicas del Instituto Di Tella, principal bastión de defensa de las tesis rostowianas para la Argentina, y el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES), en el que colaboraban historiadores, sociólogos y economistas, cuyas caras más visibles fueron Aldo Ferrer y Norberto González.

En efecto, las coordenadas propias de un país de base agraria como la Argentina, donde la producción de mercancías agropecuarias resultaba ser la rama más dinámica de la economía, empujaban a reflexionar sobre ese espacio toda vez que se abría una coyuntura de crisis. En este sentido, desde mediados de los '50 la crisis de acumulación de capital en el país reactualizó el llamado problema agrario argentino. Estas reflexiones, sin embargo, no eran enteramente nuevas. Desde sus orígenes la izquierda atendió a la situación del campo, elaborando diagnósticos y programas de transformación del mismo. Lo mismo ocurría en el terreno de la clase dominante. Esto se debía justamente a lo que acabamos de señalar: la propia estructura socio-económica obligaba a pensar en los problemas del campo en toda reflexión sobre el desarrollo nacional.

A pesar de estas determinaciones más profundas, confluían elementos que respondían a una coyuntura particular que reabría el debate. Se trataba justamente de las transformaciones que comenzaron a operarse en los años '60 y '70 en lo que se dio en llamar la “revolución verde”. La innovación tecnológica y el avance de la maquinaria agrícola, la incorporación de nuevos y mejores abonos, el desarrollo de plaguicidas y herbicidas, la modificación genética de semillas, entre otras novedades, significaron un despegue de la producción y un incremento de la composición orgánica del capital en la rama agraria, que condujo al desalojo de las fracciones más débiles de la burguesía que acumulaba en el campo. Ese trasfondo colaboró en la reactualización del problema agrario. A ello hay que sumar la intensificación de la disputa por la renta diferencial de la tierra, en un contexto de crisis que aparecía regularmente mediante un desequilibrio en la balanza de pagos, donde los ingresos de divisas que aportaban, fundamentalmente, las exportaciones agropecuarias, no alcanzaban a cubrir la demanda de divisas para importaciones industriales.

En el profundo y extenso debate acerca del capitalismo agrario pampeano, se pueden identificar dos grandes corrientes: la agrarista o reformista, que aparece como dominante, y la liberal o liberal conservadora. Ambas partían de diferentes supuestos acerca de la naturaleza social de la burguesía agraria, de la estructura social del agro pampeano y de los problemas del desempeño agrario. Compartían, sin embargo, un mismo diagnóstico, aquello que identificaban como una situación de estancamiento que afectaba la dinámica general de la economía argentina. Naturalmente, cada corriente proponía una solución diferente, que se basaba en los supuestos de los que partían para explicar esa situación adversa del agro que debía ser superada.

Los estudios hasta ahora disponibles, se han concentrado en este debate privilegiando una serie de actores: los partidos políticos, las corporaciones rurales e industriales y los intelectuales que abordaron el problema en la etapa, ligados a la clase dominante. Sin embargo, aún está pendiente un estudio acerca del tratamiento que esta problemática recibió en organizaciones e intelectuales filiados en las tradiciones políticas de izquierda. Intentando comenzar a subsanar ese déficit, nos proponemos abordar la problemática acerca del desarrollo agrario argentino a partir de las interpretaciones elaboradas por un intelectual de izquierda perteneciente a la tradición del trotskismo: Milcíades Peña. En este sentido, nos interesa indagar si esta posición política radical lo llevó a elaborar una corriente que terciara entre las explicaciones liberales y agrarias, o si, por el contrario, quedó preso de alguna de ellas. Para ello, estudiamos los artículos escritos por este autor en su revista de debate intelectual, llamada Fichas (volveremos sobre ella luego). Esta revista nos permite una mejor aproximación a nuestro problema, es decir, a la reconstrucción de los aportes de Peña respecto de la cuestión agraria argentina. En concreto, una serie de notas publicadas entre fines de 1964 y principio de 1965 que constituyen una respuesta a las críticas realizadas por un intelectual filiado en la llamada “Izquierda nacional”, que intentaba conjugar el marxismo con el peronismo, Jorge Abelardo Ramos. Tal como Peña señaló al comienzo de la polémica, la respuesta se convertía en una instancia importante para reiterar y condensar toda una serie de definiciones acerca de cómo él comprendía el problema nacional de los países atrasados y semicoloniales. Por ello mismo, es la mejor fuente para nuestro estudio.

## LAS DOS POSICIONES EN DISPUTA: AGRARISTAS Y LIBERALES

Sanz Cerbino (2017) y Balsa (2010) coinciden en señalar la existencia de dos grandes corrientes que interpretan de forma diferente los problemas del desarrollo agrario argentino: la corriente agrarias o reformista y la liberal.

La corriente agrarista o reformista encontraba que los déficits de la acumulación de capital en el agro, déficits que se trasladaban al conjunto de la economía, se explicaban por las características intrínsecas de las capas más grandes de la burguesía agropecuaria. En la mayoría de los casos, rubricada como “oligarquía” u “oligarquía terrateniente”, esta clase era caracterizada por un comportamiento parasitario, propenso al consumo suntuario o especulativo y siempre renuente a la inversión productiva. La percepción de la renta agraria sería su actividad central. Esto sería el resultado de una productividad natural muy alta de la tierra, producto de la fertilidad del suelo pampeano, que la llevaría a vivir de la percepción de la renta agraria o, en el mejor de los casos, de la ganancia fácil. En general, esta fracción de la clase dominante era presentada como una capa de grandes ganaderos, concibiendo a esta como una actividad que demandaba poco esfuerzo, en tanto se trataba simplemente de dejar pacer los vacunos.

De este modo, se configuraría una estructura agraria dominada por el gran latifundio improductivo o ineficiente, que encargaría una producción de tipo extensiva, baja en capital y en productividad. Esto traería dos consecuencias inmediatas. Por un lado, la imposibilidad del acceso a la tierra de los productores capitalistas o “verdaderos” productores. De allí que, en el mejor de los casos, pudieran acceder a explotaciones rurales exclusivamente por la vía del arrendamiento y, en general, en pequeñas parcelas o minifundios. En este punto, se hacía hincapié en la creciente inseguridad e inestabilidad del productor, lo que dificultaría su producción, y sus consecuencias en cuanto a despoblamiento del campo y éxodo hacia la ciudad en búsqueda de mejores opciones. Así estaría vedado un “verdadero” desarrollo capitalista en el agro, desarrollo que en cierto sentido debería seguir el modelo “farmer”, es decir de pequeños propietarios. Por otro lado, el bloqueo al desarrollo no se limitaría solo al ámbito agrario sino que se extendería al conjunto de la economía. Esto ocurriría por el hecho de que, al no reinvertir productivamente la ganancia, la oligarquía impediría el despegue de la producción industrial. De allí que el latifundio y la oligarquía operaran como una traba al conjunto del desarrollo capitalista nacional.

Dentro del agrarismo, esa situación era explicada desde diferentes ópticas, algunos intelectuales consideraban que era resultado de supervivencias feudales o precapitalistas, de la deformación de la acumulación capitalista o del carácter dependiente o neocolonial. Con todos sus matices, el quid de la cuestión era el de la existencia de una clase parasitaria, dueña de grandes extensiones de tierra, que obtenía ganancias fáciles y las sustraía de la inversión productiva. De allí que el estancamiento agrario se explicara por cuestiones estructurales. En esta corriente se ubicaban intelectuales desarrollistas, como el economista Aldo Ferrer, renombrados ingenieros agrarios como Horacio Giberti, partidos tradicionales como la Unión Cívica Radical (en sus dos alas, Intransigente y Del Pueblo), el peronismo y corporaciones empresariales como la Confederación General Económica o, en ciertos momentos históricos, la Federación Agraria Argentina.

La solución al nudo generador de atraso se encontraría en una mayor intervención estatal, que produjera reformas profundas en la estructura agropecuaria. Así se liberarían todas las trabas que impedían el acceso a la tierra por parte de los “verdaderos” productores capitalistas, que obtendrían la seguridad necesaria para producir. La propuesta concreta de esta intervención variaba en función de la variante del agrarismo que la postulaba. Las versiones más radicales, proponían una reforma agraria, que avanzara en la expropiación de los terratenientes, y fragmentara y repartiera la tierra a quien quisiera trabajarla. Había dentro de esta propuesta diferentes modulaciones. Por caso, se debatía si la sustracción de la tierra de manos de su dueño debía compensarse con indemnizaciones o si, por el contrario, debía realizarse sin pago alguno. Otros proponían un cambio gradual de la estructura, que implicaba utilizar instrumentos de menor radicalidad: planes de colonización, impuestos más onerosos hacia los grandes propietarios, ayuda crediticia para que los arrendatarios puedan acceder a la propiedad o intervención en el mercado de arriendos a los efectos de brindar mayor estabilidad a los arrendatarios. Durante los años '60 y '70, la herramienta más difundida entre los reformistas fue el impuesto a la renta potencial de la tierra, que operaría como mecanismo de sanción a los productores agrarios que alcanzaran niveles de productividad inferior al que sus tierras podían brindar. Se combatiría así la baja productividad del latifundio y la tenencia ociosa de la tierra por una vía impositiva.

Tal como señala Balsa (2010), el agrarismo tuvo una etapa de renovación desde mediados de los '50 y durante todos los '60 en el que confluyeron diferentes vertientes del mismo. En primer lugar, se dio un proceso de profesionalización desde la sociología que estudiaba los cambios estructurales en la agricultura, lo que significó la proliferación de la sociología rural. En segundo lugar, el ascenso de una oleada revolucionaria a nivel mundial que tuvo su primer puntapié con el triunfo de la Revolución China

(1949) y una década después, de la Revolución Cubana (1959). Ambas, por nombrar solo los hechos más importantes -a los que podrían sumarse el proceso de descolonización de África y Asia-, tuvieron una impronta agraria clara, tanto por el espacio físico donde se gestó el corazón del núcleo revolucionario (el agro), así como por su base (el campesinado) y el método que aparecía determinado por las variables precedentes (la guerra de guerrillas rural). Este factor también contribuyó al renovado interés por la cuestión agraria. En tercer lugar, la ya mencionada preocupación por el desarrollo económico, que llevó a los Estados Unidos a desarrollar una respuesta preventiva a los conflictos rurales, lo que cristalizó en la Alianza para el Progreso, que tendía a reproducir la prédica antilatfundista y la reforma agraria como solución. Finalmente, en el ámbito local, Balsa ubica como elemento de peso la renovación dentro del peronismo de las propuestas agraristas.

Frente a esta perspectiva agrarista se erigió una opuesta, que ha sido denominada por los especialistas citados como “liberal” o “liberal-conservadora”, la cual invierte el diagnóstico y sus soluciones. El eje de diferenciación no radicaba en la caracterización de estancamiento agropecuario, punto en común tanto de los liberales como de los agraristas. La diferenciación comenzaba en las causas de ese estado de situación del campo argentino. Para la corriente liberal, la baja acumulación de capital en el agro no se explicaba por las condiciones inherentes de la burguesía agraria ni se debía tampoco a las deficiencias estructurales del campo, es decir, nada tenía que ver con la distribución de la tierra y el régimen de tenencia. Por el contrario, el locus del atraso estaba justamente en lo que el agrarismo proponía como solución: la intervención del Estado en la economía.

En efecto, los liberales centraban su crítica en lo que consideraban una intromisión funesta de los poderes públicos en asuntos privados. Denunciaban que mecanismos como las retenciones, los aranceles a las importaciones, la alteración del tipo de cambio y otros mecanismos impositivos implicaban una expropiación sobre los productores de la rama más dinámica de la economía argentina. El resultado sería el cercenamiento de los excedentes, bloqueando de ese modo la posibilidad de reinversión y llevando así a una caída de la producción y de la productividad. Asimismo, se produciría un despilfarro económico, toda vez que los ingresos generados por el agro irían a parar, bajo la forma de transferencias, al entramado industrial ineficiente y a diferentes mecanismos de gasto público para sostener el empleo estatal y sus subsidios al consumo.

En consecuencia, la solución que esta corriente esbozaba para superar el estado de estancamiento agropecuario, consistía en la definitiva erradicación de la intervención estatal que generaba un impacto negativo en la actividad. Detrás de ello estaba evidentemente el supuesto según el cual el mercado era un eficiente asignador de recursos, de manera que la autorregulación permitiría el mejor desempeño económico, premiando a los productores eficientes (los del agro) y castigando a los más ineficientes (los industriales). En lo inmediato, esta propuesta implicaría tres cuestiones. En primer lugar, la eliminación de todos los mecanismos de sustracción de recursos al agro (impuestos “inequitativos”, retenciones, control de precios, alteración del tipo de cambio, barreras aduaneras). En segundo lugar, el ajuste en las cuentas públicas del Estado, que denominaban “saneamiento”, a los efectos de reducir los gastos que demandaban mayores succiones a los ingresos de la burguesía rural. En tercer lugar, la eliminación del proteccionismo a la industria local, que venía a sostener lo que se consideraban era “industrias artificiales”, en tanto no podían reproducirse en condiciones de competencia normal en el mercado y requerían transferencias de ingresos.

Balsa (2010) señala que, tras el derrocamiento del peronismo en 1955, se produjo un relanzamiento del “liberalismo-conservador”, que apostaba a que el cambio de gobierno y de régimen avanzara con lo que esta corriente proclamaba. Este liberalismo en estado de resurgimiento, proponía el fin de la intervención del Estado en la actividad agropecuaria liberando la importación de maquinaria y terminando con la intromisión gubernamental en el mercado de tierras, que se brindaran garantías sobre la propiedad privada y que se garantizara la “seguridad jurídica” al terminar con las prórrogas indefinidas del sistema de arriendos. Balsa coloca dentro de los “liberales” a la Confederación de Asociaciones Rurales de Buenos Aires y La Pampa y a la Sociedad Rural Argentina (Balsa, 2008). Estos fueron los términos del debate que atravesó a partidos, corporaciones e intelectuales que, de una u otra manera, se ubicaban en el horizonte de la clase dominante. Sin embargo, no fueron los únicos que pensaron el problema del desarrollo agropecuario argentino.

## LA TRAYECTORIA BIOGRÁFICA DE MILCÍADES PEÑA

Nacido el 12 de mayo de 1933 en la localidad bonaerense de La Plata, Milcíades Peña llegó a convertirse en un historiador autodidacta y militante trotskista de cierto renombre, más por la primera de sus facetas que por la segunda. En efecto, si bien militó algunos años orgánicamente dentro de partidos

que se filiaban en la tradición marxista inaugurada por León Trotsky, su trascendencia se debió más a una empresa intelectual que asumió y no llegó a concluir: la elaboración de una lectura integral de la historia argentina en clave trotskista que debía condensarse en un libro titulado *Historia del pueblo argentino*. Su influencia teórica y política sobre los grupos trotskistas merece que examinemos su figura.

Su trayectoria militante comenzó muy tempranamente, a mediados de la década del '40, cuando cursaba sus estudios secundarios en el Colegio Nacional de La Plata y se incorporó a las Juventudes Socialistas de esa localidad (Tarcus, 1996; Coggiola, 2006). Unos pocos años después, hacia 1947, junto a otros militantes como Horacio Lagar y Alberto Plá, decidió abandonar la organización juvenil e integrarse al Grupo Obrero Marxista (GOM) que había puesto en pie Nahuel Moreno. A partir de allí comenzó su actividad intelectual más intensiva, dedicándose junto con Moreno al estudio del marxismo, de la realidad argentina y latinoamericana. Sus primeros aportes fueron publicados en el órgano del GOM, Frente Proletario, bajo el pseudónimo de Hermes Radio. Su militancia orgánica no cesó e incluso fue uno de los delegados que formaron parte del congreso que votó la transformación del GOM en Partido Obrero Revolucionario (POR), pasando a integrar su Comité Central. Mantuvo allí una actividad eminentemente intelectual, asumiendo las tareas de formación e instrucción dentro del partido. Por caso, fue encargado de organizar los cursos de lectura de El Capital.

A comienzos de la década del '50 el partido asumió la política de proletarización como forma de iniciar un proceso de acumulación sindical en el movimiento obrero. Peña se resistió y acabó por separarse. No casualmente se acercaría entonces a otro intelectual marxista y cercano a las ideas del trotskismo, Silvio Frondizi, para colaborar con él en el armado de *La realidad argentina*, un libro de diagnóstico sobre la estructura económica y social argentina. El trabajo mancomunado duró poco y en 1954 Peña volvió a ligarse a Moreno. Este le encargó la elaboración de La Verdad, nuevo órgano del antiguo POR que, para entonces, ya se había integrado al Partido Socialista de la Revolución Nacional como fracción interna. Más tarde asumió también la elaboración de una revista teórica, Estrategia.

Hacia 1958 volvió a distanciarse de Moreno y un tiempo después se ligó a José Daniel Speroni, militante que había roto con Palabra Obrera (que para ese entonces era el agrupamiento de Moreno) y fundó una fracción sindical que editaba Liberación Nacional y Social y luego la Revista de Liberación, en la que Peña colaboró bajo el seudónimo de José Golán. Ya a mediados de los '60 inició su empresa intelectual más reconocida: *Fichas de Investigación Económica y Social*, revista en la que junto a Jorge Schvarzer y otros, desarrolló sus principales elaboraciones teóricas e históricas sobre la Argentina. Allí mantuvo una famosa polémica con Jorge Ramos -por aquel entonces ya fundador de lo que se diera en llamar la "izquierda nacional"-, sobre la que volveremos. Allí firmaba sus artículos bajo su nombre, pero también con diversos seudónimos: Gustavo Polit, Alfredo Perera Dennis y Víctor Testa.

En las páginas de *Fichas...* podemos ver a un Milcíades Peña que buscaba interpretar la historia argentina a la luz de conceptos netamente trotskistas: la revolución permanente, el desarrollo desigual y combinado, la condición de país semicolonial. Desde esa óptica examinó la composición de la clase dominante, defendiendo la idea de la unidad entre terratenientes e industriales y denunció los límites de esta clase para completar las tareas burguesas, a la par que rescató los proyectos "olvidados" de desarrollo nacional: Alberdi y Sarmiento. Fiel al trotskismo, defendió que la burguesía nacional era incapaz de cumplir con las tareas pendientes: expulsión del imperialismo, independencia nacional, expropiación de la oligarquía y reforma agraria. Sobre el proletariado argentino tuvo una evaluación eminentemente pesimista, destacando su "quietismo" y "conservadorismo", elementos que, a su vez, contribuirían a explicar el ascenso del peronismo. A este último lo caracterizó como un régimen bonapartista, que arbitraba entre la burguesía y la clase obrera, en un gobierno "del como sí", refiriéndose a la diferencia entre lo que efectivamente era y lo que decía ser.

Toda su actividad quedó trunca, sin embargo, hacia diciembre de 1965, cuando decidió suicidarse. El equipo de la revista *Fichas...* continuó un tiempo con la edición de la revista y parte de sus integrantes asumieron la tarea de editar póstumamente los manuscritos de Peña que integrarían su *Historia del pueblo argentino: Antes de mayo. Formas sociales del trasplante español al Nuevo Mundo* (1969), *El paraíso terrateniente. Federales y unitarios forjan la civilización del cuero* (1969), *La era de Mitre. De Caseros a la guerra de la triple infamia* (1968), *De Mitre a Roca. Consolidación de la oligarquía anglocriolla* (1968), *Alberdi, Sarmiento, el 90. Límites del nacionalismo argentino en el siglo XIX* (1970), *Masas, caudillos y élites. La dependencia argentina de Yrigoyen a Perón* (1973), *Industria, burguesía y liberación nacional* (1974).

## EL PENSAMIENTO AGRARIO DE MILCIADES PEÑA

Fiel al trotskismo, Peña caracterizaba a la Argentina como una nación atrasada y semicolonial por

cuatro elementos. El primero, la inexistencia local de un proceso de revolución industrial que, en consecuencia, dejaba una productividad del trabajo notablemente deprimida y una baja utilización de capital. El segundo, el carácter deudor respecto al resto de las metrópolis del orbe capitalista. El tercero, el papel de proveedor de alimentos y materias primas en el mercado mundial. Y, finalmente, en cuarto lugar, la existencia de tratados (Tratado de Río de Janeiro, Carta de la Organización de Estados Americanos) en la que el país delegaba “atributos soberanos esenciales” (la potestad de declarar la guerra) en un “superestado continental controlado por Estados Unidos” (Peña, 1964:59).

De resultas de ello, concluía que quedaban pendientes tareas de liberación nacional y se adentraba así en el planteo de las clases sociales interesadas en ella. Afirmaba que el proletariado era la única clase capaz de realizar esta tarea, y que el otro sector interesado en ella era la pequeña burguesía urbana y rural. Como puede verse, para el proletariado y la pequeña burguesía se utilizaban conceptos diferentes para vincularlas al problema nacional. Que la clase obrera fuera capaz de realizar la liberación significaba que debía erigirse en dirección de dicha tarea acaudillando a otras clases, entre ellas la pequeña burguesía, que tendría interés en esa tarea. En efecto, la clase obrera sería la única capaz de realizar las dos tareas nacionales o democráticas pendientes: la expulsión del capital extranjero y la expropiación de los terratenientes. Al quedar las grandes empresas en manos de un Estado Obrero, la liberación nacional avanzaría ininterrumpidamente hacia el socialismo. Dicho de otro modo, adscribía a la teoría de la revolución permanente de Trotsky. Este carácter permanente estaría en parte explicado por el hecho de que el capital extranjero sería el principal capitalista industrial, es decir, que el sector más poderoso del capitalismo argentino se compondría de extranjeros, de modo que la liquidación de la penetración extranjera era en parte la liquidación del grueso del capital. Peña hacía explícito un punto de diferencia sustancial con otras corrientes del marxismo, como el estalinismo y el maoísmo, que estaba implícito en la formulación precedente: la burguesía nacional no portaría ningún potencial, ni siquiera para el cumplimiento de tareas nacionales. En efecto, sería una clase contrarrevolucionaria, incapaz de liquidar el latifundio y expulsar al imperialismo. En definitiva, estaba imposibilitada de impulsar la liberación nacional.

Esto nos lleva a otro punto, que fue tratado en artículos anteriores de Fichas, a saber, las características que Peña le atribuía a la clase dominante argentina. Lejos de plantear la existencia de un enfrentamiento entre capas agrarias e industriales de la burguesía, el intelectual trotskista sostenía un entrelazamiento de intereses. Partía de caracterizar un origen “agrario” de la burguesía industrial, toda vez que las inversiones en industria serían el resultado de las reinversiones de las ganancias realizadas por grupos financieros donde eran mayoritarios los terratenientes y el capital monopolista extranjero. Esto se sustentaría con el examen de la nómina de fundadores y dirigentes de la Unión Industrial Argentina (UIA), donde se constataba una proporción significativa de industriales que provienen de la Sociedad Rural Argentina. Así la constitución de la burguesía industrial seguiría caminos diferentes a los “tradicionales”, en la medida en que no recorrería una larga etapa de desarrollo evolutivo desde el artesanado a la gran industria, y por tanto no tendría un crecimiento “autónomo” (Polit, 1964:60-80). Así, aunque la oligarquía impulsó el desarrollo industrial, como se trataría de una “pseudointustrialización”, la pervivencia del latifundio era sinónimo de atraso.

El desarrollo de una producción extensiva en grandes extensiones de tierra, repercutiría negativamente sobre el desarrollo local, por la baja incidencia del sector en la generación de empleo y la baja producción, que impediría la constitución de un mercado interno y el despegue de la industria nacional. Pero, a pesar de ser un factor atraso, el latifundio tendría un potencial para la burguesía industrial: la retracción que provocaba en el mercado local se veía compensada, al menos parcialmente, por su papel de expulsor de mano de obra que permitía a la industria contar con una fuerza de trabajo barata, constituía por chacareros y peones desarraigados. Así habría ocurrido, por caso, con el aluvión inmigratorio europeo que, al encontrarse con la tranquera cerrada en el campo, tuvo que emigrar hacia las ciudades en busca de trabajo, ofreciéndose como mano de obra barata. Es este factor entonces el que explicaría el por qué la burguesía industrial no estaba interesada en la liquidación del latifundio, lo que a su vez reafirmaba la simbiosis entre industriales y terratenientes. En este punto, Peña discutía con otro intelectual, Eduardo Astesano, quien en Historia de la independencia económica sostenía el antagonismo irreconciliable entre terratenientes e industriales. Nuestro autor aclaraba que si bien se producían roces, existía una unidad general de intereses. Los “roces” serían el resultado de la política de los terratenientes que, mientras el mercado mundial les ofrece buenos precios no tienen ninguna vocación “nacional” de desarrollo interno y están dispuestos a sacrificar la industria local frente a la competencia extranjera; pero se volverían acérrimos defensores de lo nacional cuando el “imperialismo” compra poco y a mal precio, y requirieran compensar las ventas en el mercado interno. La conclusión política de este análisis se sintetiza en el siguiente párrafo:

“Ni la superación del atraso del país ni la emancipación del imperialismo son posibles sin eliminar a los terratenientes, principales usufructuarios del latifundio, que es la columna vertebral al atraso nacional. Hasta los economistas cepalinos de Presbich han reconocido que sin liquidación del latifundio no hay industrialización que merezca llamarse como tal, y esto nos exime de insistir sobre el tema” (Peña, 1964: 63).

Si se tiene en cuenta además que para Peña la burguesía nacional argentina era cabal muestra de la idea de Trotsky, según la cual en los países atrasados ésta está íntimamente ligado al capital extranjero y no tiene vocación de desarrollo nacional, se completa el panorama de los factores que determinan el atraso argentino: el latifundio y la penetración imperialista. De allí que teorizara la existencia de un proceso de “pseudoindustrialización” que sería una forma de industrialización ligada al imperialismo. Concretamente, el concepto haría referencia al injerto de fábricas en un país atrasado de la mano de trusts o monopolios que obtendrían superganancias y obturaban la difusión general de la tecnología moderna y de otras ramas de la producción. Se trataría entonces de lo que Trotsky denominó desarrollo desigual y combinado.

Entrando específicamente en la estructura agraria, Peña reproduce la idea de una clase latifundista ganadera que bloqueaba el desarrollo de una capa de chacareros agricultores. Ese fenómeno estaría detrás de la caída de las exportaciones de 3,2 millones de toneladas de trigo durante 1934-1938 a 2 millones en 1943-1944 y del maíz de 7 millones a menos de un décimo en similares períodos. Es decir, la tesis del estancamiento agrario:

“Frente a esta crisis de la agricultura, que empobrecía a la mayoría de los chacareros, se alzaba la prosperidad de la ganadería, beneficiosa para los terratenientes y estancieros, y para un reducidísimo sector de chacareros muy ricos que contaban con el capital necesario para dedicarse a la ganadería extensiva.” (Peña, 1964:69)

El rasgo distintivo de la “oligarquía terrateniente” sería su sostenimiento a través del latifundio. Como categoría de análisis, este refería a la concentración de la tierra en pocas manos, independientemente de que esta fuera utilizada para la agricultura o la ganadería, fuera puesta en producción por entero o fragmentada en parcelas para arriendo. Utilizando cifras del Diario de sesiones de la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires o de declaraciones del gobernador de la provincia, Peña sostenía que en Buenos Aires 272 terratenientes tenían en sus manos 50.000 kilómetros cuadrados de tierra o, presentado de otro modo, que unas 1.200 personas eran dueñas de la cuarta parte del territorio provincial. En el otro extremo, 160.000 chacareros solo poseían 1.500.000 de hectáreas. De cada 100 chacareros solo 36 “son propietarios de la tierra que trabajan”, mientras que el resto es arrendatario o aparcerero. Nótese, además, que los chacareros serían los que “trabajan”, es decir, serían productores directos. En otro trabajo señaló que de los chacareros, el 50% eran arrendatarios y que, según datos de la Revista de Desarrollo Económico de la Junta de Planeación Económica de la Provincia de Buenos Aires, allí las parcelas chicas y medianas (aquellas inferiores a las mil hectáreas) representaban el 96% de las explotaciones (Peña, 2012:380).

Este fenómeno se reproduciría en los mismos términos en cuanto al stock ganadero, puesto que el 2,4% de los propietarios de vacunos poseerían el 50% del total, mientras que en el caso del bovino el 5% tenía el 64% del total (Polit, 1964:60-80). Peña rechazaba que la estancia en manos de la oligarquía fuera feudal, puesto que descansaba sobre la libre contratación de la fuerza de trabajo del peón rural. En efecto, los “estancieros” se le presentan como la manifestación de la clase capitalista nacional, dueña de la tierra, de las vacas y del país (Peña, 2012:145-150). La evaluación del agro se basa en cifras impresionistas que tienden a crear la ilusión de las dos contracasas de la idea de oligarquía: latifundio y minifundio.

Esta clase oligárquica tendría una vinculación compleja con las metrópolis imperialistas. Esa relación se asentaría fundamentalmente en el mercado mundial, pero también a través del entrelazamiento con el capital financiero para la elaboración o comercialización de sus productos, y en la inversión de la renta agraria en industrias de capitales imperialista que producían para el mercado interno. Sin embargo, este entrelazamiento no debería llevar a pensar, advertía, que por ser abastecedores del mercado mundial fueran agentes incondicionales de las metrópolis. Por el contrario, el intelectual trotskista señalaba que en momentos de crisis los terratenientes pueden exigir medidas antiimperialistas “llegando, incluso a pedir la expropiación de empresas imperialistas.”(Parera Dennis, 1964:8) De allí su política fluctuante entre proteccionismo y liberalismo, entre su rol de “vendepatria” y “defensora de la soberanía” (Parera Dennis, 164:13), y que fuera falsa la afirmación según la cual no tienen interés en el desarrollo industrial local.



Peña también adscribía a la idea de la inestabilidad del arrendamiento como factor explicativo del subdesarrollo agrícola. En este punto, afirmaba que la congelación de los arriendos no brindaba mayor seguridad ni contribuía a enriquecer al campo. Señalaba que si bien se alargaba la permanencia en un mismo campo esto no alteraba la sensación de incertidumbre.

Como clase, los chacareros no explotarían fuerza de trabajo, algo que dejaba en claro cuando señalaba que el Estatuto del Peón no afectó o lo hizo de manera “insignificante” a los chacareros, mientras que sí lo hizo los terratenientes y un pequeño estrato de chacareros ricos. Esto le permitiría al autor asimilarlos al campesinado. Según sus datos, extraídos del Censo Nacional Agropecuario de 1962, al momento de aplicarse el Estatuto, de las 452.000 explotaciones solo 88.200 (menos del 20%) trabajaban con personal asalariado.

“Entonces como hoy, la mayoría de los chacareros eran productores familiares que trabajan con sus brazos y los de su familia, empleando escaso o ningún trabajo asalariado. (En la actualidad de cada 100 personas que trabajan en actividades agropecuarias en la región chacarera -Buenos Aires, Córdoba, Entre Ríos, La Pampa, Santa Fe- 70 son productores familiares y solo 30 son peones, de los cuales 21 fijos y 9 transitorios” (Peña, 1964:70)

Asimismo, los chacareros arrendatarios tenían un nivel de vida apenas superior al del peón rural. La utilización acrítica de los censos como fuente lo condujo a minusvalorar el peso del proletariado rural, en particular el transitorio. El censo agropecuario, como fuente estadística posee un severo problema a la hora de ser utilizado para cuantificar el peso del proletariado transitorio. Su unidad de registro es el establecimiento productivo, por lo tanto es común el subregistro de los trabajadores temporarios que solo se encuentran en la explotación en el momento de cosecha, que no coincide con el tiempo del relevamiento. Asimismo, el respondiente típico es el patrón o un administrador o capataz que vela por sus intereses y por tanto, puede falsear deliberadamente el número de trabajadores a los efectos de ocultar a los no registrados. Finalmente, este tipo de fuente tampoco logra captar a aquellos trabajadores que no son directamente contratados por el titular de la explotación, sino a través de un patrón contratista. La utilización acrítica de los censos condujo a Peña a caracterizar un agro decididamente campesino, es decir, dominado por el pequeño productor autónomo y autosuficiente.

Seguidamente, sostenía que los chacareros eran expropiados por los terratenientes por la vía de la renta, pues entregarían, según cálculos de Giberti, al menos del 20% de su producción, lo que daría cuenta del “parasitismo de la clase terrateniente, enriquecida por el trabajo de los peones y chacareros”.

Esto da pie a otra idea de la imagen tradicional a la que adscribe Peña:

“[La] utilización irracional del suelo. El régimen de la propiedad de la tierra imponía una explotación extensiva de la baja productividad y reacia a las innovaciones técnicas [...] Para los terratenientes argentinos el chacarero -inmigrante llegado al país sin otro recurso que sus brazos- no fue otra cosa que un comodín que preparaba la tierra para el ganado y encima pagaba una jugosa renta agraria. En la provincia de Buenos Aires, por ejemplo, los estancieros carecían de personal idóneo y de elementos para trabajar la tierra. Optaron entonces por entregar parcelas de sus estancias en mediería, aparcería o arrendamiento a inmigrantes sin capital. Estos inmigrantes se dedicaban a la agricultura sobre dichos campos vírgenes, por períodos breves -por lo general tres años- para alfalfarlos al fin del lapso convenido, con lo cual restituían al propietario potreros de gran receptividad ganadera. [...] Así los terratenientes obtenían mejores pasturas para la ganadería, pero a costa de una vida nómada para miles de chacareros.” (Peña, 1964:70)

Hasta aquí entonces, tenemos estancamiento, falta de tecnología y opresión rentística. El cuadro se completaría tras la guerra mundial, que profundizaría el “reemplazo de chacareros por vacas” (Peña, 1964:71) y la emigración y proletarización de los hijos de chacareros, reconstruyéndose los grandes latifundios. Ello llevaría a la despoblación del campo. Sin embargo, el propio Peña acababa por reconocer la importancia que tenía el proletariado en este mundo dominado por terratenientes y campesinos:

“Por eso entre 1937 y 1952 el número de obreros rurales aumentó un 73% mientras que el número de productores y familiares ocupados en las explotaciones apenas creció un 9%. Es que al retroceder la agricultura (chacra familiar) y aumentar la ganadería (estancia) cobra más volumen el trabajo asalariado”. (Peña, 1964:72)

Si se lee bien, estos datos refutan la idea de que la ganadería es regresiva en relación a la agricultura,

puesto que, si desaparecen los productores autónomos y crece la explotación de fuerza de trabajo, la actividad constituye, en rigor de verdad, un vector del desarrollo capitalista.

Peña, en definitiva, esbozaba una abierta defensa de los chacareros en respuesta al planteo de Ramos acerca de que un gobierno de obreros, peones y chacareros era inviable, porque para los chacareros supondría abandonar su actividad usuraria. Frente a ello, Peña señalaba que ni eran usureros ni vivían en la holgazanería. Lo que Ramos no vería sería la explotación que sufrían por parte de los terratenientes. Si fueran una capa enriquecida, como dice Ramos, no se comprendería por qué no compraban más tierra o se tecnificaban. La respuesta debía encontrarse en el parasitismo rentístico. Es curioso que Peña le reprochaba a Ramos el considerar a los terratenientes como “capitalistas ejemplares” y para sostener su argumento cite el texto del Segundo Plan Quinquenal del peronismo, que se refería al “desierto rural”. En relación a ello transcribía el siguiente fragmento:

“Para dar solución a ese problema el 2º Plan Quinquenal parte del principio que establece la función social de la tierra, el Plan parte precisamente del recordado concepto revolucionario que afirma que la tierra no debe ser un bien de renta sino un bien de trabajo. En consecuencia, establece que la tierra será dividida en unidades económicas, extirpando los restos del feudalismo oligárquico que sojuzgó el campo argentino y haciendo posible que los arrendatarios actuales y futuros se conviertan en propietarios de los predios cuyo cultivo es la obra de su esfuerzo personal y directo”. (Peña, 1964:75)

Y defendía ese fragmento señalando que “la tesis de Fichas coincide no con el ‘cretinismo agrario de la oligarquía’ sino con ‘la doctrina revolucionaria’ de los llamados planes quinquenales peronistas... salvando la diferencia de que los redactores de Fichas se toman en serio lo que escriben.” (Peña, 1964:72)

El ahogamiento del mercado interno, por la vía de la degradación de la “vida social campesina”, sumada a la limitación de la inmigración, por la falta de estímulo para instalarse en el campo, serían otras formas de atraso generado por el latifundio, más allá del problema de la renta.

Sintetizando, las condiciones del atraso argentino por los “aportes” de los terratenientes y el imperialismo, serían:

“El aporte de los terratenientes se sintetiza en el monopolio de la tierra y en la creación de una clase de campesinos seminómades. El latifundio, que utilizaba a los inmigrantes como auxiliares del ganado, puso un límite estrecho al crecimiento de la población y estimuló una economía agropecuaria de tipo extensivo que al cabo de pocas décadas habría de resultar absolutamente incapaz de sustentar un nivel de vida moderno para la población que crecía lentamente. El aporte imperialista se sintetiza en los ferrocarriles, que merecen párrafo aparte. Pues la Argentina constituye uno de los casos más transparentes de deformación de una economía nacional -o más exactamente, de conformación arbitraria- lograda mediante el tendido de redes ferroviarias. De mil modos diferentes los ferrocarriles perpetuaron el atraso del país.” (Peña, 1964:77)

En este cuadro, la forma más avanzada de producción capitalista (grandes unidades agrícolas explotadas por chacareros ricos con altos dotes de capital, sin trabajarlas directamente sino por medio de obreros, que los constituye en auténticos empresarios capitalistas) “solo existe en pequeña proporción”. La generalidad sería la baja proporción de trabajo asalariado y la abundancia de productores directos y trabajadores familiares. Por todo ello, “no es de extrañar entonces que la producción agropecuaria por habitante sea hoy 25% menor que hace 40 años, en tanto la productividad agraria por persona ha crecido un 7% respecto de la preguerra, en una época donde en EEUU aumentó un 127%, Francia 68% e Inglaterra 41%.” (Peña, 1964:79) Una vez más, la defensa de una Argentina campesina.

En la última entrega de la seguidilla de notas, un apartado atañe específicamente a la existencia o no de una cuestión agraria en la Argentina. En este punto, Peña discutía nuevamente con Abelardo Ramos. Para este último, el país no tendría una cuestión agraria porque no existían tareas burguesas para el campo, toda vez que la contradicción sería entre terratenientes y burguesía agraria versus peón rural.

Peña comenzaba señalando que plantear la inexistencia de una cuestión agraria tenía como consecuencia lógica que el campo estaba preparado para las transformaciones socialistas, es decir “la colectivización de los medios de producción” (Peña, 1965:44). Para darse esa situación deberían cumplirse dos condiciones entrelazadas. Por un lado, en lo económico, que las explotaciones agropecuarias fueran empresas capitalistas que produjeran a gran escala para el mercado, explotando grandes dotes de mano de obra y de medios de producción. Lo segundo, en lo social, el enfrentamiento entre una clase burguesa, dueña de los medios de producción, y una mayoría de clase obrera, desprovista de todo salvo de su capacidad de vender su fuerza de trabajo. El hecho es que, para Peña, esas dos

condiciones no se presentaban en la Argentina de los años '60, tal cual lo hemos visto hasta aquí. La moderna empresa capitalista en el agro sería una excepción, por el contrario prima la

“masa de pequeñas y medianas explotaciones, de tipo única o predominantemente familiar, carentes del capital necesario para utilizar tierra y medios de producción en la dimensión más eficiente, y en las cuales se emplea fuerza de trabajo asalariada en proporción ínfima o no se la emplea en absoluto”. (Peña, 1965:45)

Esa masa chacarera, si bien produciría para el mercado, no constituiría una burguesía en tanto no explotaba fuerza de trabajo, sino que utilizaba sus propios brazos y los de su familia. Justamente, el monopolio terrateniente de la tierra habría impedido que los chacareros se asentaran como propietarios de la tierra y que la competencia entre ellos llevara a la paulatina diferenciación entre una minoría de burguesía agraria y una masa de proletarios y semiproletarios. Es decir, no habría habido vía “farmer”, pero tampoco una “prusiana”, en la medida que la gran explotación capitalista con fuerza de trabajo solo aconteció en la ganadería. En la agricultura primó un “desarrollo argentino” (Peña, 1965:46) basado en el impedimento de los inmigrantes de acceder a la propiedad y su explotación no vía asalariamiento sino como productores familiares a través de arriendo, mediería o aparcería. Llamar burguesía a estos sectores sería un “crimen político tendiente a dejar a la clase obrera sin un programa agrario y sin aliados en el campo” (Peña, 1965:46).

Así las cosas, proletariado y burguesía serían clases minoritarias entre los productores agrarios. Incluso, el peón de chacra compartía los “valores” del chacarero y su principal aspiración a tener tierra propia. De esta manera, el planteo de Peña se ubicaba en una posición diferente a quienes consideraban que el campo argentino era feudal, pero también de los que, en una inversión de lo anterior, consideran que la agricultura se daba en grandes estancias altamente mecanizadas y que el proletariado agrícola “ni de regalo quisiera ser propietario de una parcela, aspirando tan solo a mejores salarios mientras subsista el capitalismo y a la nacionalización de las estancias cuando llegue la revolución”. (Peña, 1965:46).

En este punto, lo que Peña estaba planteado, era la necesidad de una reforma agraria para la Argentina, que anhelarían tanto los chacareros como los obreros rurales. En ese sentido es que, en otro trabajo, reivindicaba el pensamiento de Alberdi y Sarmiento como proyectos de desarrollo nacional que, sin renegar de la clase dominante, proponían opciones “menos bárbaras que las padecidas por nuestro desgraciado país” (Peña, 2012:380). El proyecto de Sarmiento es resumido en dos puntos -educación y reforma agraria- como puntales para la construcción de una “gran nación” como Estados Unidos, moderna y autónoma. Instrucción general para las masas para liquidar la barbarie y defensa de la experiencia farmer como forma de combate al latifundio, esos son los núcleos centrales de la recuperación sarmientina de Peña. El rescate de Alberdi era similar: su reconocimiento de la propiedad terrateniente y el parasitismo de la renta como traba al desarrollo nacional, y su énfasis en el desarrollo industrial local y autónomo que debía inspirarse en el espíritu empresarial norteamericano. En suma, en ambos lo que se reivindicaba era la propuesta programática de la estructuración de una poderosa nación capitalista que no encontraría, sin embargo, una clase social sobre la cual apoyarse. De allí, en definitiva, la imposibilidad de un desarrollo nacional burgués y la exigencia de la clase obrera de convertirse en caudillo de la nación.

En conclusión, para el intelectual trotskista la revolución en el campo tendría un carácter permanente y combinado, porque cumpliría tareas socialistas mediante la colectivización de los grandes establecimientos cuando sea política y socialmente viable, y a la par cumpliría con la nacionalización de la tierra sin pago y la entrega a quienes la trabajen con sus brazos y los de sus familiares. Justamente por ello la fórmula que esbozaba era la de “gobierno de los obreros, peones y chacareros” que sería la “traducción al lenguaje de los argentinos de aquella clásica fórmula leninista: ‘Gobierno Obrero y Campesino.’” (Peña, 1965:49).

## CONSIDERACIONES FINALES

Habiendo reconstruido lo central del pensamiento agrario de quien se posicionaría como el principal intelectual trotskista de las décadas del '60 en adelante, podemos concluir que sus planteos carecieron de originalidad. En efecto, todas sus ideas, que no hacían más que reproducir la imagen tradicional del campo, ya habían sido esbozadas por otros partidos, de larga trayectoria, como el Partido Comunista. En todo caso, el rasgo distintivo de los planteos de Peña se encuentra en el intento de insertar esas ideas dentro de un marco trotskista que, a pesar de las diferencias estratégicas en cuanto al papel de la burguesía en el proceso revolucionario, no alteraba en lo sustantivo la lectura del cuadro agrario del país. Hemos visto a nuestro

intelectual defender la existencia del latifundio como fuente de atraso, la presencia de una abrumadora masa campesina y la necesidad de una transformación que posibilitara, en primer lugar, el despegue del capital en el agro: la reforma agraria. Lo único que puede reconocérsele como rasgo distintivo es una cierta relativización del carácter parasitario de la oligarquía. Peña nunca renegará de ese rasgo, pero el mismo reconocía que la estructura latifundista habilitó un desarrollo industrial, bien que atrofiado y deformado (“pseudoindustrialización”).

En líneas más generales, no puede decirse que haya superado el horizonte agrario trazado por el agrarismo, en la medida que reprodujo todas sus ideas fuerza: la existencia de un enorme monopolio de la tierra (el latifundio) en manos de una clase económica y políticamente poderosa (la oligarquía), que oprimía al sector verdaderamente progresivo (el chacarero, farmer o campesino) y cuya única solución era la reforma agraria. Es cierto que se trata, en este caso, de una modulación más radicalizada del agrarismo, puesto que plantea la necesidad de una alianza obrero-campesina/chacarera que debía tomar el poder político e impulsar transformaciones de fondo en tránsito al socialismo. Empero, el núcleo explicativo se mantuvo inmodificado.

## REFERENCIAS

- Peña, M. (1964). Industrialización, burguesía nacional y marxismo (Una crítica a ‘Fichas’ y una respuesta con fines educativos). *Fichas de Investigación Económica y Social*, 4 (1), 58-81.
- Peña, M. (1965). Industrialización, burguesía nacional y marxismo (Una crítica a ‘Fichas’ y una respuesta con fines educativos). *Fichas de Investigación Económica y Social*, 8 (2), 33-51.
- Polit, G. (1964). Rasgos biográficos de la famosa burguesía industrial argentina. *Fichas de Investigación Económica y Social*, 1 (1), 60-80.
- Perera Dennis, A. (1964). Naturaleza de las relaciones entre las clases dominantes argentinas y las metrópolis. *Fichas de Investigación Económica y Social*, 4 (1), 3-25.
- Peña, M. (2012). *Historia del Pueblo Argentino*. Buenos Aires: Emecé.
- Tarcus, H. (1996). *El marxismo olvidado en la Argentina*. Silvio Frondizi y Milcíades Peña. Buenos Aires: El cielo por assaulto.
- Coggiola, O. (2006). *Historia del trotskismo en Argentina y América Latina*. Buenos Aires: Ediciones ryr.
- Sanz Cerbino, G. (2017). Los Consorcios Regionales de Experimentación Agrícola frente al debate sobre el desarrollo agropecuario en las décadas de 1960 y 1970: propuesta programática e intervención política. *XI Jornadas Nacionales de Investigadores en Economías Regionales*. Paraná.
- Balsa, J. (2010). La cuestión agraria y la emergencia del discurso tecnologizante: el posicionamiento de las entidades agropecuarias argentinas en los años cincuenta y sesenta. *VIII Congreso Latinoamericano de Sociología Rural*. Pernambuco.
- Balsa, J. (2008). Transformaciones en la agricultura pampeana en las últimas décadas y su relación con el conflicto agrario. *X Jornadas de Investigación del Centro de Investigaciones Geográficas y del Departamento de Geografía*. La Plata.

**Submitido em: 12/2019**

**Aprovado em: 02/2020**